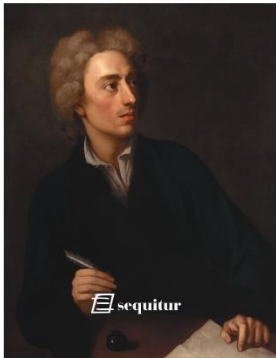


MOSES MENDELSSOHN Y GOTTHOLD EPHRAIM LESSING. *POPE, ¿UN METAFÍSICO?*  
EDICIÓN, TRADUCCIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR DE JESÚS CARLOS HERNÁNDEZ  
MORENO, MADRID, SEQUITUR, 2022, PP. 120.

*Carlos David García Mancilla*  
Universidad Nacional Autónoma de México, México

¿Pope, un metafísico? Es una pregunta pertinente, significativa como un centro gravitatorio. En efecto, este escrito de Moses Mendelssohn y Gotthold Lessing se encuentra en un punto de pliegue de la Modernidad. 1755 es el año en el que la Academia Prusiana de las Ciencias, a manera de concurso, propone la resolución, la explicación del sentido o valor filosófico de una sentencia poética tal como “whatever is, is correct”, de Alexander Pope; año en que sucede el terremoto de Lisboa y en que alcanza su mayor fuerza el enciclopedismo. Es un momento previo a la rotunda crítica kantiana a la metafísica o la Revolución francesa y poco después del gran sistema del optimismo de Leibniz. Como bien lo menciona el traductor de esta obra, el Dr. Hernández Moreno, la entelequia “Modernidad” se concibe a sí misma desde la luminosidad del progreso y, sobre todo, desde una manera de concebir al sistema; un sistema en el que todo ente tiene un lugar, un sentido y un destino. Sistema que es el mejor de los mundos posibles y en donde, pase lo que pase, haya maldad o dolor, virtud o belleza, es como debe ser. El referido poema de Pope es emblemático de ese relato moderno. Años después de este escrito y concurso, Voltaire vuelve sobre aquel poema con un profundo escepticismo y ya con la mirada de los modernos volteada hacia otro horizonte más severo. Ya con la duda de si todo este mal es, efectivamente, un bien. Un horizonte que alcanzaría su mayor altura en la filosofía de Schopenhauer.

Moses Mendelssohn y  
Gotthold Ephraim Lessing  
**Pope, ¿un metafísico?**  
Edición, traducción y estudio preliminar  
Jesús Carlos Hernández Moreno



Lessing y Mendelssohn inician con una duda, casi tan antigua como la filosofía, sobre la posibilidad de filosofar desde la poesía o hacer de la filosofía un texto poético. Filosofía y poesía, esos troncos vecinos pero nunca iguales; la profunda mirada individual frente a esa enigmática perspectiva universal. Como decía María Zambrano en *Filosofía y poesía*:

(...) la verdad es que pensamiento y poesía se enfrentan con toda gravedad a lo largo de nuestra cultura. Cada una de ellas quiere para sí eternamente el alma donde anida. Y su doble tirón puede ser la causa de algunas vocaciones malogradas y de mucha angustia sin término anegada en la esterilidad. (...) y se nos antojan dos mitades del hombre: el filósofo y el poeta. No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método. (1996, 13)

De manera casi hilarante, nuestros autores hunden su duda puntillosa sobre la pertinencia del problema concursado al tiempo que cuestionan la de tan antaño pregunta de las citadas vecindades:

¿Qué tiene que hacer el metafísico ante todo?— Tiene que explicar las palabras que quiere usar, nunca emplearlas en ningún otro entendimiento que en el explicado, ni confundirlas con ninguno aunque parezca igualmente válido.

¿Qué de esto observa el poeta? Nada. La eufonía es ya para él una causa suficiente para elegir una expresión por la otra, y la variedad de palabras sinónimas es una belleza para él. (64)

El poeta, piensan, no hace ni quiere hacer un sistema. Pope habla del sistema con insistencia. El orden óptimo del conjunto y sus elementos se puede mostrar sin explicarse. Lo real, al poeta, no le llama a la composición conceptual y totalizante. Levantar el índice para señalar la belleza del orden y su armonía en el más bello sistema del mundo es suficiente por sí. Pero señalar no es hacer sistema. Casi suena a Pessoa cuando se pregunta por qué llamar Dios a la creación de los árboles y a las aves, si lo que veo son árboles y aves. Sin embargo, ante la pregunta de la Academia, Pope, dicen Lessing y Mendelssohn, puede ser una excepción. Puede dar, acaso, la conjunción de decires tan diversos. Esto es, demos la oportunidad a que sea la filosofía misma, la fiesta de la reflexión sin negativas preestablecidas, la que de su veredicto.

En este sentido, nuestros autores realizan un pormenorizado análisis de las lapidarias frases de Pope, una por una; dándoles un sentido filosófico como anuncio de un sistema o como fuertes declaraciones con un todo explicativo tácito. Paso por paso, parece ir apareciendo la *Teodicea* de Leibniz—que constituye una de las cuestiones planteadas en el concurso. Los argumentos filosóficos de innumerables páginas del filósofo germano se van trasluciendo en unas cuantas palabras. No es desdeñable. El mismo Leibniz escribe una versión mínima de sus argumentos en la *Teodicea* por mor de la matematización—de la suma y resta de argumentos—y, con ello, de la claridad y evidencia de los mismos.

Pero antes de confrontar a Pope con el filósofo autor de la *Teodices*, vuelven los autores a la pregunta originaria. “Whatever is, is right”. Una frase que no es evidente ni unívoca. La palabra “right” no necesariamente es equivalente a algo bueno o a algo idóneo; puede ser bondad a la vez que corrección o valor de verdad. ¿Es, pues, el ánimo poético el que lleva a Pope a hacer caber tan diversos sentidos en sus palabras? Responden los autores:

Todo es correcto porque todo, y el mal mismo, está fundamentado en la generalidad de las leyes que fueron el objeto de la voluntad divina. Pero sólo sería bueno todo si estas leyes generales coincidieran todo el tiempo con las intenciones divinas. (85)

A lo que añaden, simplemente, que esta sutileza conceptual—que en el fondo es la pregunta misma sobre la diferencia entre filosofía y poesía—no parece haber sido notada por la academia que arrojó la pregunta con, quizás, un dejo de inocencia.

La segunda parte del texto que nos ocupa se trata, justamente, de la comparación y confrontación de la palabra del poeta con el sistema del filósofo. Leibniz, dicen acertadamente nuestros pensadores, nunca dijo que todo engranaje de la maquinaria universal es óptimo. *The creation is full*”, dicen filósofo y poeta. Pero ello no quiere decir lo mismo, aciertan nuestros pensadores. No toda parte es óptima en el sistema de Leibniz, pues existe el mal y el dolor. Solamente lo es el conjunto. Y, en efecto, Pope ve el origen del mal en las “leyes generales” que dicta Dios y como consecuencia accidental de la generalidad en la particularidad. En contraste, Leibniz ve al mal como parte necesaria del sistema. En este sentido, y allende nuestros pensadores, el filósofo Leibniz se vuelve algo poeta. Las contradicciones son condición de lo óptimo del sistema, el mal y el dolor son parte inevitable de la armonía. Porque la armonía es bella o nada sería: “y de ahí que toda excepción tiene que haber sucedido en virtud de un orden superior; esto es, tiene que servir a la perfección del conjunto” (95).

En la tercera parte del texto, la propiamente crítica de las palabras del poeta, Lessing y Mendelssohn señalan una diferencia fundamental entre Leibniz y Pope, y entre filosofía y poesía. A saber, la explicación del orden. Pope ve continuidad en el mundo, gradación, una escalera del ser desde lo nimio hasta lo sublime. En contraste, el orden en Leibniz no obedece a ese género de jerarquías, sino al solo, simple y profundo principio de razón suficiente.

Por la construcción sistemática, por contraste con Leibniz o por el constante debate entre filosofía y poesía, nuestros pensadores señalan, frase tras frase, las razones por las que Pope no es un metafísico, o al menos no uno sistemático; o por qué, a fin de cuentas, no hace filosofía sino poesía. El problema fundamental de la *Teodicea*, y de toda la Modernidad—de hacer caso a Susanne Neiman—, es el problema de la existencia del mal. Problema que queda, al final de las reflexiones, injustificado en la palabra del poeta.

De manera concluyente Lessing y Mendelssohn declaran que:

Si Pope hubiera abstraído un sistema propio, muy seguramente habría renunciado con ello a todos los privilegios de un poeta para presentarlo en el contexto más convincente. Pero dado que él no ha hecho esto, es así esto una prueba de que no ha obrado de manera diferente a como imagino que lo hacen la mayoría de los poetas. (105)

Así, el debate sobre el mejor de los mundos posibles es una discusión entre filosofía y poesía; el problema del mal en el mundo una querrela entre el sistema y la sensibilidad; entre la definición y la metáfora. La belleza que el poeta ve en el mundo es suficiente por sí para el mundo, pero no para el filósofo que, desde el tribunal de las razones, más bien preludia un espíritu distinto para el pensamiento futuro. Como lo anota con severidad Hernández Moreno—el traductor de esta obra en su amplio y erudito estudio introductorio—, la “camaleónica entelequia” de la Modernidad del siglo XVIII proyecta un “tiempo nuevo” que culmina en el “retorno triunfante” del genio maligno, el pesimismo.